

Pedro Selva

## Los problemas literarios



He leído con atención el Romance de Balmaceda por Luis Merino Reyes. Su autor me parece, entre los jóvenes, uno de los más finos y puros, de los que, en sus buenos momentos, alcanzan mayor calidad. He leído también las críticas que se le han hecho. La mayoría han sido elogiosas, muchas, entusiastas, una sola adversa. Confieso, que en cada una hallé puntos de verdad. Pero sólo puntos. En ninguna advertí detenimiento, imparcialidad, mirada abarcadora y a fondo. ¿Será porque los críticos, periodistas al cabo, leen y escriben rápidamente, por cumplir, para salir del paso? ¿O porque unos son amigos y otros enemigos, unos partidarios y otros adversarios?

Sea como fuere, quiero proponer modestamente una visión o, menos modestamente, una especie de teoría de este libro.

A ver.

Encuentro, ante todo, un temperamento poético actual, vibrante, sensitivo y delicado, pero con sus li-

mitaciones que son las de sus mismas cualidades. Así como un grosero resulta ridículo cuando quiere afinarse y sólo parece natural diciendo groserías, las cuales en su boca no disuenan, así también hay individuos por naturaleza pulcros, aristocráticos que están, como si dijéramos, condenados a la aristocracia y a la pulcritud, cuyos labios no saben modelar el gesto tosco y si, por libertarse lo intentan, resultan afectados y violentos, ponen a los demás y se sienten ellos mismos incómodos. Pues bien, he ahí como veo a Merino Reyes, prisionero de su decencia, esclavizado por la corrección y la compostura. Una honrosa prisión, por lo demás, una esclavitud cada día más rara.

Este es el número uno.

El número dos lo constituye el tema. Don José Manuel Balmaceda ¿está maduro para la poesía, para el romance, para la novela? Muy difícil de resolverlo en abstracto, porque el gran poeta y el gran novelista con cualquier cosa hacen poesía y novela, suscitan interés, o crean belleza. En el caso concreto, la cuestión es fácil: yo creo que todavía no. Conozco historias de Balmaceda dignas de leerse y meditarse. La biografía novelada que le consagró Délano aspira visiblemente a ser más de lo que es, aletea mucho y vuela poco. Sensación muy molesta. Y era prosa. El verso exige más, mucho más aún. Y estimo infinitamente improbable que logre sus propósitos con este mandatario condulante y diverso, orgulloso, pomposo, gran realizador; sin embargo, pese a su oratoria progresista, a quien le tocó la

época máxima de Chile, cuando el país no había perdido aún las virtudes de la pobreza y poseía la fuerza, el entusiasmo, el poderío naciente de la riqueza recién conquistada. Algo muy práctico. Balmaceda. Pertenece a la época ingrata del «pasado inmediato», sin perspectiva suficiente; quedan todavía pasiones vivas de entonces; y uno conoce a sus hijos, a sus nietos, a sus sobrinos. Hace poco enfermé: me atendió un nieto suyo, gran médico. Quise vender una casa: acudí a su hijo, prestigioso corredor de propiedades. Claro que, a pesar de todo eso, se puede; pero... no es fácil, no se halla el camino hecho, se necesita crear atmósfera y cargarla de flúido eléctrico, desrealizar primero y, en seguida, realizar. ¿Por dónde le cogerá la leyenda? Limita demasiado con la realidad, con el partido, con el amigo o el enemigo político, personal, social. Inmediatamente el lector se dice:— Ah! balmacedista. O bien:— Opositor... Y el ídolo queda en seco.

Todavía existe un número tres: la forma poética del romance.

Hace tiempo que en España han venido tratando de resucitarla y, ciertamente, los buenos poetas han compuesto en ese metro buenas poesías. Es una cosa que sucede. Pero aun los éxitos de un García Lorca, por ejemplo ¿no dejan advertir cierto gusto de manjar aderezado, vuelto a preparar conforme a receta? La flexibilidad del romance no le quita que tenga su espíritu, su alma propia, un carácter personal de época, intrans-

ferible, sin violencia. Podrá el genio disimular esta violencia o disminuirla, nunca la borra del todo.

Ahora si no se trata de genio, sino de talento, la cosa resulta más evidente.

El romance resiste, pese a la habilidad verbal, bajo las agilidades metafóricas, entre el despliegue lujoso y verboso de las imágenes inesperadas, algo adentro se queja, se dobla y acaba rompiéndose, no sin padecer. El viejo romance castellano posee un acento simple, viril, inconfundible, una sencillez de espíritu refrescante que lo acerca a la tierra y lo arrastra con el ímpetu de los elementos primitivos. Admite, ciertamente adorno y riquezas decorativas; por algo luchó con los moriscos, no siempre contra los moriscos; en esas batallas cogió mucha pedrería de Oriente; pero pedrería fina, perlas de verdad y oro macizo.

Y eso, el viejo romance lo echa de menos.

Tenemos, pues, en este Romance de Balmaceda, un buen autor, un tema que sería excelente en otro género y un grande, precioso instrumento literario y, sin embargo, por mucha que sea la buena voluntad del lector, si no lo lleva la amistad, si no lo sugestiona el prejuicio de escuela o partido, será difícil reconocer que tenemos una buena obra.

No.

La junta no ha sido buena. Cada factor se dispara por su lado y querría recogerse a sus tiendas.

El señor Merino Reyes debe de haber tenido muchas dificultades para bajar al terreno personal de un

Presidente que murió hace cincuenta y cinco años y cuyas líneas se conocen demasiado y se discuten. O no se discuten. Pero que no ha entrado aún al dominio de la leyenda ni se ha cubierto de poesía: al cual le falta tiempo todavía para nacer a ese mundo. La calidad poética del señor Merino pide otro ámbito a fin de vibrar.

El Presidente, por su parte, no se siente satisfecho con este Romance; lo halla hasta falto de respeto; se le maneja en él entre fantasmagorías de palabras, no de las elocuentes palabras políticas que él acostumbraba, sino de otras, raras, frágiles, sin consistencia. Se ve convertido en puro pretexto, llevado caprichosamente por una ventolina. El pide la Historia severa, el juicio fundado, la defensa y el triunfo, con una estatua de bronce sobre un pedestal firme.

Cuanto al romance, he ahí la víctima digna de compasión. Si algo caracteriza al buen romance castellano es que se apoya en hechos y ciñe siempre una realidad, humilde o épica, pero humana, bien musculada y articulada. La palabrería le repugna. Y en este romance se ve demasiado a menudo que cuando el señor Merino Reyes se siente mal con la realidad concreta, con la historia militar o política, con lo que hay de biográfico y limitado en su asunto, se evade mediante imágenes, haciendo juegos de luces y sombras, entremezclando grecas decorativas y construyendo bordados al margen, usando en fin, ese recurso que un respetable sacerdote chileno, autor de numerosas biografías

noveladas y que desdeña el arte de escribir bien como indigno de un buen escritor, condensa en esta palabra expresiva: *firuletes*. Sí, confesémoslo, hay aquí mucho *firulete*, mucho virtuosismo cerebral. Merino Reyes, muy sensitivo, no es sentimental ni pasional, sino que trabaja de preferencia con el cerebro; es su punto de apoyo; la imaginación poética le pertenece y ahí se mueve con soltura y elegancia.

\* \* \*

Saquemos las consecuencias.

No bastan un buen autor, un buen tema, una buena forma literaria. Todo esto debe, además, adecuarse, coincidir y convenirse mutuamente.

El problema del arte es un problema, en cierto modo matrimonial; son infinitos los elementos que entran en juego y resulta difícil prever sus combinaciones; a veces sorprenden por el buen resultado, otras por el malo...